

en evaluaciones relacionadas con las categorías descriptivas de quien todavía tendía a manejar un concepto de «dialecto» que no se sustentaba en la noción de variedad diatópica atravesada por un proceso histórico-social, sino en la oposición «habla de regiones marginales», versus «habla de los centros de gran prestigio cultural». La peculiar interacción entre el devenir lingüístico y su contexto histórico determina que expresiones que son arcaicas en un dialecto tengan pujante actualidad en otros, o que cambien sus connotaciones sociales o estilísticas al reestructurarse sus campos semánticos. Hoy ya nadie duda de que en Buenos Aires (como en cualquier ciudad de América o de España) existen variedades lingüísticas con prestigio cultural y con tantas posibilidades expresivas como otras cualesquiera.³²

La evolución posterior del habla rioplatense confirmó que eran descartados los juicios de Castro acerca de las proyecciones del lunfardo, que no pasó de ser una jerga cuyos préstamos ocasionales al habla coloquial corriente no tuvieron más relevancia que los de otro origen (que los extranjerismos, por ejemplo), ni representaba un fenómeno que no fuera también usual en otras lenguas. Tampoco interpretó cabalmente la significación de la literatura gauchesca al calificarla como rebelión contra los más altos valores culturales («cabriola rebelde y anticultural», p. 78) a pesar de que supo comprender que había nacido de urgencias fácticas persiguiendo «efectos sociales y políticos, y no sólo artísticos» (p. 66). Justamente, la exaltación de lo gauchesco traduce la imperiosa necesidad de hallar factores que den identidad y cohesión cultural a un pueblo que lucha por organizarse (objetivo nada desdeñable, por cierto).

El propio Castro, interesado en que no se interpretaran erróneamente los fines que buscaba como historiador, puntualizó después, en un breve artículo aclaratorio, que para él era secundaria la cuestión «de las incorrecciones de gramática y vocabulario»: «Hoy me preocupa más percibir el sentido de tales hechos y proveerlos de una perspectiva histórica.»³³ En esta línea, son páginas esclarecedoras las que dedicó en su libro a estudiar la estructura del Imperio Español, la trascendencia de lo divino versus el prestigio de lo nobiliario, artístico y ceremonial, y del oro, la pugna entre la realeza y la clerecía, y los más espléndidos resultados de la política colonial: los centros virreinales y su activa vida cultural. En contraste, en las zonas marginales se observaba la pobreza, la práctica del trabajo manual por parte de quienes lo hubieran desdeñado en la Metrópoli, el ejercicio del contrabando como respuesta al monopolio comercial: así se fueron forjando allí nuevas normas de vida que habrían de imponer su sello en la realidad sociolingüística. Para destacar aún más la individualidad rioplatense, los influjos progresistas del siglo XVIII tuvieron una repercusión más profunda y generalizada que en otras regiones, a la par que impulsaron a buscar modelos socioculturales fuera de la Península.

Para dejar fuera de toda duda la naturaleza de su auténtico esfuerzo de clarificación, Castro declaró en el prólogo de la segunda edición de *La peculiaridad lingüística riopla-*

³² Un reconocimiento explícito de las variedades nacionales y de sus respectivas normas cultas fue hecho en el Congreso sobre el presente y futuro de la lengua española (Madrid, junio de 1963). Cf. Ángel Rosenblat, *El criterio de corrección lingüística. Unidad o pluralidad de normas en el español de España y de América*, Bogotá, Inst. «Caro y Cuervo», 1967.

³³ «Unas palabras complementarias» en *Nosotros* (enero, 1942), págs. 3-10.

tense...: «En Buenos Aires pensé y escribí como si me hubiera hallado en mi propia tierra [...], fue para mí lugar de ensueño y, a veces, de exasperación, ni más ni menos que Toledo, Granada, Barcelona o Madrid [...]. El drama de la historia española allí estaba: la pugna entre sueños mesiánicos de cultura y grandeza, y las presiones de una rusticidad afirmada y sostenida por creencias tradicionales.»³⁴ En el intento de explicar una situación lingüística insertándola en un proceso histórico, y en la percepción de nuestras agudas crisis (aunque se pueda disentir en su exacta caracterización) y de la raigambre hispánica de nuestros conflictos básicos, este libro tan vapuleado señala un camino interpretativo que debe repensarse.

Joan Corominas, después de estudiar y ejercer la docencia en su Barcelona natal, trabajó con R. Menéndez Pidal en Madrid, y con J. Jud y A. Steiger en Zurich. Ya era un destacado lexicólogo cuando llegó a Mendoza en 1940: «As a Romance etymologist, with balanced emphasis on Spanish and on Catalán, Corominas has no peers within his generation», escribió sobre él Y. Malkiel.³⁵

A la cabeza del recientemente creado Instituto de Lingüística de la Universidad Nacional de Cuyo, fundó los *Anales del Instituto de Lingüística*. Los tres volúmenes publicados bajo su dirección responden a un plan orgánico anunciado en el primero de ellos: «Para ninguna disciplina lingüística estarán cerradas estas páginas [...], pero reservaremos un lugar predominante al estudio del vocabulario y de la etimología [...]. Nuestro campo de acción será ante todo el castellano, y más peculiarmente el castellano de América, pero sin desechar las lenguas estrechamente emparentadas con él, ni las que le han servido de fuente.»³⁶ En ese mismo volumen, junto con un trabajo de L. Spitzer (que continuó colaborando en los números siguientes) y con notas de investigadores locales, se publicaron varias contribuciones del director.³⁷ Dos de ellas brotaron del contacto con una nueva realidad sociolingüística: «Aportaciones americanas a cuestiones pendientes» (donde examina la etimología de *orondo*, *embadurnar* y *tripular*) y «Rasgos semánticos nacionales». Aquí analiza cómo en la reestructuración del campo semántico de términos de marinería (*ensenada*, *estero*, *rancho*, etc.) se reproduce la vivencia de una América vista por gente de mar (que efectivamente abundaba entre los conquistadores), y cómo el vocabulario de la ganadería se extiende en la Argentina del lenguaje rural al urbano y al uso general.

En los *AIRC*, II (1942), 128-154, Corominas publicó «Espiguelo de latín vulgar» (de especial valor al tomar en cuenta que, de todas las lenguas románicas, el español es una de las que menos ha hurgado en ese dominio); y en los *AIRC*, III (1943), 126-211, «Las vidas de Santos Roselloneses» (trabajo en el que dio a conocer la edición crítica de un texto catalán inédito del siglo XIII, de gran interés para la dialectología ibérica y galo-románica), ya que nunca abandonó entre nosotros sus investigaciones filológi-

³⁴ *Ed. cit. en n. 30, pág. 14.*

³⁵ «Hispanic Philology», en *Th. A. Sebeok (ed.), op. cit., en n. 7, pág. 205.*

³⁶ *Cf. AIRC, I (1941), págs. I-III.*

³⁷ «Rasgos semánticos nacionales» (1-29), «Nuevas etimologías españolas» (119-153), «Aportaciones americanas a cuestiones pendientes» (154-165) y «Problemas por resolver» (166-181).

cas catalanas. Realizó, además, investigaciones sobre toponimia local en «Toponomástica Cuyana». ³⁸

Corominas había concebido sus indagaciones lexicológicas como parte complementaria de los vastos planes de investigación de Amado Alonso, y también publicó artículos en la revista que éste dirigía: «Los nombres de la lagartija y del lagarto en los Pirineos», ³⁹ «Indianorománica. Estudios de lexicología hispanoamericana» ⁴⁰ e «Indianorománica. Occidentalismos americanos». ⁴¹ En este último sostiene que el vocabulario americano de etimología desconocida debe menos a las lenguas indígenas que al fondo común español y examina los dialectalismos occidentales, particularmente leoneses.

Durante esta época escribió con notable versación y originalidad sobre temas lexicológicos, y dejó muestras paradigmáticas de lo que se considera una metodología «clásica» de los estudios etimológicos: crítica meticulosa de las etimologías ya conocidas, aportes de materiales y de enfoques nuevos, establecimiento de procesos semasiológicos apoyados en la cronología y en datos sobre el contexto extralingüístico e interpretaciones que surgen, naturalmente, de las consideraciones antedichas.

Por añadidura, en este lapso comenzó el acopio de materiales para esa obra monumental que hacia 1939 se había decidido a escribir: el *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*. ⁴² Hacia 1942 ya había reunido 83.380 fichas en el Instituto de Lingüística de la Universidad de Cuyo. ⁴³ Sus registros lexicográficos no descartaban observaciones fonéticas y gramaticales, y abarcaron todas las gamas discursivas (literatura culta y folclórica, textos informativos —científicos, técnicos, periodísticos—, refraneros) y la onomástica. Dos tercios del material estudiado durante esta etapa eran argentinos e incluían la recopilación de 2.500 argentinismos no recogidos por entonces en ningún diccionario. ⁴⁴ En la recordación afectuosa de sus dos discípulos de la Universidad de Cuyo (José Santiago Arango y Aurelio R. Bujaldón) que el gran maestro catalán hace en la «Introducción» de la gran obra de toda su vida, nos parece percibir que evoca (indirectamente) todo el período argentino de su obra, tan productivo a pesar de su brevedad.

Clemente Hernando Balmori nació en Llanes —Oviedo—, en 1894. Egresado de la Universidad de Madrid, hizo estudios de perfeccionamiento en Montpellier y en Berlín. En 1933, Menéndez Pidal le confió la codirección de la sección de Lingüística y Filología Clásica del Centro de Estudios Históricos de Madrid y del boletín *Emérita*, cargos que retuvo hasta 1936, cuando abandonó España por convicciones políticas.

Después de permanecer tres años en Londres dedicado a investigaciones sobre susstratos prerrománicos, fue nombrado en 1939 profesor de la Universidad Nacional de

³⁸ En *Anales del Inst. de Etnografía Americana*, V (1944), 95-126.

³⁹ RFH, V (1943), 1-20.

⁴⁰ RFH, VI (1944), 1-35.

⁴¹ RFH, VI (1944), págs. 139-175, 209-248.

⁴² Madrid, Gredos, 4 vols. El acopio de materiales continuó en otros centros de investigación hispanoamericanos y en la Universidad de Chicago, donde comenzó a redactarlo en 1947 y concluyó la 1.ª ed. en 1951.

⁴³ Cf. Ailc, II (1942), pág. 188.

⁴⁴ Cf. Ailc, I (1941), 190-194.

Tucumán, donde dictó cátedras de griego, latín, filología hispánica y lingüística. En un principio continuó allí sus indagaciones pre-románicas: en 1941 publicó «Céltico *petros*: galo-latín *perrus* 'cuadrúpedo' \cong esp. *perro*»⁴⁵ y «El mundo céltico».⁴⁶ Tampoco abandonó sus estudios clásicos,⁴⁷ y llevó a cabo la traducción de *Las Fenicias*,⁴⁸ y del *Novum Organum*, de Francis Bacon.⁴⁹

A comienzos de la década del 40 tomó la decisión de radicarse definitivamente en la Argentina y, simultáneamente, una determinación pionera: dedicar sus esfuerzos (fundamentados en una sólida formación lingüística) al estudio de las lenguas vernáculas, y particularmente al rescate de aquellas en vías de extinción (como el ona y el vilela). Ávidamente investigó acerca del material existente sobre diversas lenguas indígenas (quechua, aymara, araucano, mataco, toba, lule), comenzó estudios de campo y se lanzó en busca de informantes. A la vez incitó a sumarse a esa línea de investigación a sus discípulos y a otros especialistas.

En 1955 pasó a desempeñarse en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata en las cátedras de Lingüística y Filología Hispánica. Allí fue designado director del Instituto de Filología, donde orientó, además de una sección consagrada a la recolección y estudio de lenguas indígenas, la formación de un archivo sincrónico sobre el habla argentina e investigaciones sobre lingüística aplicada a la enseñanza de la lengua. Se contaron entre sus discípulos Roberto de Souza, Carlos Albarracín Sarmiento, Amelia Aguado, Elena Peralta Calvo, Marta Gallo, Judith Piccetti Moggia, Doris K. Herrero, Eithel O. Negri, M. Estela de Souza, M. Estela Pascual Calvo, María A. Díaz Rönner, Beatriz Guzmán, María Josefa Buffa, Miguel Olivera Giménez y otros. Durante su estancia en La Plata en 1962 (en oportunidad de ser invitado a dictar el curso inaugural de gramática), Rafael Lapesa comentó en una entrevista periodística: «El ambiente que se respira en el Instituto de Filología me hace recordar el que hace treinta años disfrutábamos en el Centro de Estudios Históricos de Madrid: un común interés en la labor científica, para la que, cada cual en su medida, ponía auténtico afán y entusiasmo.»⁵⁰

Sin abandonar nunca las investigaciones sobre filología general,⁵¹ la atención de Hernando Balmori se centró en el estudio de lenguas y culturas vernáculas.⁵² En 1964 se

⁴⁵ RFH, III (1941), págs. 43-50.

⁴⁶ Anales de la Sociedad Científica Argentina (Buenos Aires), t. 131 (194), págs. 123-135.

⁴⁷ Cf. «Tras los orígenes del teatro», en Rev. de la Fac. de Filosofía y Letras (Universidad de Tucumán), I, 2 (1953) págs. 101-106.

⁴⁸ Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, 1946.

⁴⁹ Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, 1949.

⁵⁰ Agradecemos este dato a Carlos Albarracín Sarmiento.

⁵¹ Cf. «En los confines de la Tierra», en Fil, IX (1963), págs. 70-101.

⁵² Enumeramos algunos de los hitos de su incansable labor de recopilador y estudioso: «La conquista de los españoles y el teatro indígena americano», Facultad de Filosofía y Letras, 1955. «Notas de un viaje a los tobas», en Rev. de la Univ. de La Plata, 3 (oct.-dic., 1957), 23-36; «El quichua santiagueño», en Actas del Congreso Internacional de americanistas (San José de Costa Rica, 20-21 de julio de 1958), San José, 1959, t. 2, págs. 584-600; «Doña Domíngua Galarza y las postrimerías de un pueblo y una lengua», en Rev. de la Univ. de La Plata, 9 (sept.-dic. 1959), 1-15; «Literatura narrativa quechua», en Humanidades, t. 35 (1960), 195-229; «Toki, Keraunos, piedra de virtud», en Actas del I Congreso del área araucana argentina (San Martín de los Andes, 18-24

incorporó al Centro de Estudios Lingüísticos de la Universidad de Buenos Aires, y allí se proyectó una recopilación de artículos suyos para celebrar sus 70 años (*Estudios de área lingüística indígena*); lamentablemente se publicó un año después de su fallecimiento.⁵³ La muerte impidió que concluyera importantes trabajos emprendidos, algunos de los cuales estaban en su fase final de elaboración (entre ellos, un diccionario toba-español).

Estas memorias del exilio nos permiten sacar conclusiones significativas. Los cuatro eminentes filólogos que nos acercó la diáspora post-republicana, además de difundir nuevos aportes teóricos y metodológicos, tomaron contacto con nuestra realidad sociocultural y entablaron un diálogo con sus colegas hispanoamericanos. Así, captando y sopesando similitudes y diferencias, españoles e hispanoamericanos aprendieron mucho más acerca de sí mismos y acerca de la naturaleza de su interrelación.

Ana María Barrenechea
y Élide Lois

de feb. de 1961), Buenos Aires, 1963, t. 2, 131-137; «Apuntes para el étimo del charango», en *Presente y futuro de la lengua española*, Madrid, Ofines, I, 1964, págs. 209-213. Cf. n. 53. Bajo su dirección se editaron, anotadas por miembros del Inst. de Filología de La Plata, las Tradiciones araucanas, de Bertha Koessler-Ilg (1962).

⁵³ Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1967. Contiene: «Ensayo comparativo lule-vilela» (9-32); «Habla mujeril» (33-45); «El género gramatical y las hablas diferenciadas» (47-60); «Habla mujeril y varonil en lenguas diferenciadas de Suramérica» (61-75).

